

Siempre me han gustado los libros autobiográficos de santas. Podría decir de monjas, pero éstas no son reconocidas por la iglesia, si han escrito no han sido publicadas. Los leía en el colegio, entre los diez y los trece años, y luego han seguido siendo de mi predilección: los he tenido presentes sobre todo en los momentos de crisis, cuando tenía que admitir una ilusión y encontrar la paz interior desde donde volver a empezar.

A la *Historia de un alma*, de Teresa Martin, es decir, santa Teresa del Niño Jesús, he vuelto varias veces, como también al *Libro de su vida*, de Teresa de Ávila. Ambos, escritos por petición y por obediencia, están en primera persona y expresan fenómenos y estados interiores para mí naturales y que no encontraba en ninguna otra parte. Era un consuelo que otras mujeres los hubieran experimentado y hubieran hablado de ello con sencillez: a través de sus palabras tomaba consistencia lo que, de lo contrario, hubiera tenido que negar como consecuencia de emociones morbosas e irreales. Los descubrí antes en el lenguaje religioso de las dos Teresas que en los escrúpulos literarios de las escritoras. Sus personalidades eran muy distintas, pero yo no veía límites a sus capacidades de indagar y dudar: los recursos eran buscados dentro de sí incluso con la conciencia de que no existen recursos adecuados.

Aparte de la época del colegio, al haber vivido en ambientes no religiosos como mi familia y luego decididamente laicos que ignoraban la existencia de estas mujeres o que la habrían considerado con toda clase de prejuicios, me identificaba con ellas por esa parte de mí que era ignorada o que se retraía ante las expectativas de varios tipos, desde las más tradicionales hasta las más emancipadas, con las que se suponía que debía medirme. Me gustaban porque estaban embarcadas en una aventura invisible y no criticable, abstracta como el amor, concreta como el

sufrimiento. No veía cómo podía prescindirse de ello. No he encontrado obstáculos con respecto a ellas, incluso el aspecto edificante resulta secundario: me iluminan acerca de la identidad, me preceden en este camino y, si bien parece que renuncien a todo, me resulta evidente que no han renunciado a lo esencial. Al contrario, me han revelado qué es lo esencial. Yo esperaba una confirmación.

Cuando leí en *The Prostitution Papers* de Kate Millett que la prostitución es la condición extrema que pone al descubierto la condición femenina en esta sociedad, me pregunté si era verdad o no esta observación. En lugar de una respuesta, me vino a la mente el lugar hacia el cual, por contraposición, me impulsaba en cuanto símbolo más acorde, si no con mi manera de ser y sentir por naturaleza, sí con mi manera de sentir y reaccionar ante esta sociedad: la clausura y el Carmelo. Lugar de privación, pero no de destrucción, gestionado por sepultas-vivas, lugar existente aunque esté fuera de la Historia, lugar de ineficiencia, pero no estéril, que yo sabía que era intenso con toda la intensidad reclusa de mi vida de mujer.

Se ha insistido mucho en la mala salud psíquica de las monjas, en los orígenes histéricos y melancólicos de su personalidad, en el masoquismo y el complejo del padre. Pero lo que yo veía con mis ojos de las mujeres consideradas normales porque eran compañeras de hombres considerados normales me llevaba a pensar que la tiranía de una imagen interiorizada dejaba mayores márgenes de libertad que el desgaste debido al contacto físico con un individuo de carne y hueso, a menudo tiránico en su mediocridad y presunción. Un Señor y amo amante y omnipotente vivía también gracias a una exigencia, a un desencadenamiento que llevaba a esas mujeres muy lejos, mientras la rutina de la vida familiar, el derroche de sí mismas, las continuas interferencias, un ser real con quien ponerse de acuerdo, a quien complacer y aplacar, terminaban produciendo olvido de sí o autoanulación. La cuestión es que sabemos muy poco acerca de la expresión

de las mujeres que han entrado en el engranaje del matrimonio y los hijos.

Una de las tres poesías que nos quedan de la primera poeta italiana citada, la florentina Compiuta Donzella, del siglo XIII, aborda este tema: la salvación se ve en el convento contrapuesto al matrimonio, querido por el padre como era costumbre. Pero más en general casarse significaba permanecer en un mundo violento, entonces como ahora, sufrirlo y correr el riesgo de verse arrollada; tampoco la institución literaria resguardaba a las mujeres: lo único que quedaba era el convento con torturas que, en comparación, parecen menos definitivas, si eran elegidas.

Dejar quiero el mundo y a Dios servir,
y alejarme de toda vanidad,
porque veo acrecentarse y subir
locura, villanía y falsedad;
también juicio y cortesía morir,
y la virtud y toda la bondad;
ni esposo ni señor quiero pedir,
ni estar en el mundo por voluntad.
Recuerdo que el hombre de mal se adorna,
con todos ellos soy muy desdeñosa,
y para Dios mi persona retorna.
Mi padre me lleva a estar cavilosa,
pues de servir a Cristo me dehorta:
no sé a quién quiere darme por esposa.

El feminismo se me presentó como la salida posible entre las alternativas simbólicas de la condición femenina, la prostitución y la clausura: lograr vivir sin vender el propio cuerpo y sin renunciar a él. Sin perderse y sin ponerse a cubierto. Reencontrar una completud, una identidad contra una civilización masculina que la había vuelto inalcanzable.

Al salir del colegio, me pareció que el mundo estaba a mi alcance: habiendo dejado de lado el paréntesis religioso,

empecé a responder a los estímulos a los que poco a poco iba descubriendo que era sensible. Sentía el deseo de participar.

Me puse a buscar el punto de encuentro entre yo y los otros, entre yo y la realidad. Creí haber dado con él en varias ocasiones (la Universidad, el marxismo y la actividad política, la crítica de arte): se consumían una tras otra. Encontraba consideración, pero no resonancia y atmósfera favorable al despliegue de mí misma. Tuve que admitir que ese punto de encuentro se me escapaba. La unión de dos entidades incompatibles no podía confiarse a mi sola voluntad individual.

Cuando al principio del feminismo busqué mis orígenes, entre las mujeres que me podían ayudar, menos ilusas que otras, menos comprometidas, más sólidas en la experiencia personal y en el modo de conducirla, con un núcleo indestructible en la reconocida fragilidad, se volvieron a presentar Teresa Martin y Teresa de Ávila. Incluso antes, al finalizar el periodo dedicado a la crítica artística, mientras compilaba un libro de conversaciones con algunos artistas que contenía fotografías mías y suyas, ya había tenido el deseo, imprevisto e injustificado, de insertar una foto de Teresa Martin. Me había enterado de que existía un volumen de retratos suyos, realizados por una hermana que había entrado, carmelita también, en el Carmelo de Lisieux con una máquina fotográfica 13/18, objetivo Darlot, y la había utilizado para capturar algunos momentos de la comunidad. Pero no estaba permitido reproducir sus imágenes, así que tuve que recurrir a una estrategia: uno de los artistas del libro propuso hacer un cuadro utilizando el retrato de Teresa, algo lícito, de modo que luego fuera posible tener el retrato reproduciendo el cuadro. Y así lo hicimos: la obra en cuestión se reproduce en las primeras páginas de *Autoritratto* (1969), donde hablo de mí misma, y la obra de verdad está en mi dormitorio. Animada por esta solución, le propuse al editor que en la cubierta hubiera otra foto de Teresa vestida

de Juana de Arco con cadenas para una representación en el Carmelo. No tenía argumentos para defender esa elección en un libro de arte y artistas: la propuesta fue descartada como una torpeza típicamente femenina. Me puse a vomitar por la desilusión y la impotencia.

Por eso, cuando leí en una entrevista de Ida Magli, antropóloga, la afirmación de que las feministas no han entendido la importancia de las santas y que, en concreto, desprecian a santa Teresa del Niño Jesús, tuve la misma sensación de atropello. Ciertamente nadie podía saber de mis entresijos al respecto, pero el interés por las monjas era compartido en el grupo de *Rivolta* hasta el punto de que uno de los volúmenes que publicamos en nuestros escritos² estaba dedicado a Teresa Martin. Y eso podía saberlo cualquiera. Respondí a la entrevista con una refutación polémica: la provocación había despertado mi competitividad: si había una indicación de haber creído en Teresa Martin no soportaba que nos fuera negada. La antropóloga al amparo de su interés de estudiosa, yo al amparo de mi participación en el feminismo, chocábamos: más allá de la razón y el error, con análoga necesidad de afirmarnos a nosotras mismas. Pero ¿por qué para afirmarse había despejado el campo de presuntas rivales? ¿Quién era el destinatario de ese choque?

Me pregunto, al ver ese apremio en torno a los temas del feminismo en busca de competencias, qué sería de nosotras si realmente el hombre hubiera sido abordado como nuestro modelo cultural. No en una palingenesis del futuro, sino en las posibilidades del presente a nuestra disposición. ¿Alguna seguiría perdiendo el tiempo “estudiando” la cuestión femenina en la ilusión de acortar los tiempos de las feministas? Tomo el ejemplo de Julia Kristeva, que me estimuló en la introducción del volumen *Le Cinesi* (1974): reconocí intuiciones y sutileza, preocupaciones que yo también tengo. Se abren paso en la medida en que son compatibles con los presupuestos de su cultura, pero al mismo tiempo son precisamente éstos los

que la conducen a conclusiones obligadas. A conclusiones prefeminismo.

No hay cultura, por mucho prestigio que tenga, que no sea engañosa para la mujer, no hay mujer de cultura para la que no se llegue a la constatación de que, poco o mucho, lleva leña al monte.

El razonamiento de Kristeva es impecable: el hombre es falo, palabra, porque se ha absolutizado negando la existencia del otro sexo, de la mujer, es decir, de la vagina, que ha sido cancelada convirtiéndose en el lugar mudo del gozo. Así, Electra, la hija soltera del padre muerto del que es portavoz, es una no-vaginada (en cuanto incrédula de los gozos de la madre), en contraposición con la balbuciente hermana Crisótemis, hija de la madre (y en último análisis con la madre), vaginada.

El espacio de la mujer estaría entre esos dos polos: el silencio (la falta de símbolo) y la palabra paterna, la Ley, el Valor. En Electra, Kristeva reconoce el antecedente de la figura de la santa, de la revolucionaria, de la feminista.

Ahora bien, yo no me reconozco en la figura de Electra, como no reconozco a las amigas de *Rivolta* ni a las santas de mi predilección, mientras que sí que reconozco en ella a buena parte de las feministas en cuanto mujeres emancipadas, a la totalidad de las revolucionarias y a la tropa de las militantes de la cultura. Además, observo que, considerando incluso la necesidad de que sean no vaginadas, son, sin embargo vaginales, en caso de que el estado de virginidad sea, por así decirlo, transgredido. ¿Y entonces? Este esquema, por más aparentemente irreprochable que sea, no me convence, es precisamente un esquema que tiene sus apoyos en presupuestos que no han nacido para aclararme las ideas, sino para confundírmelas, o sea que son de procedencia masculina. Si abandono esos presupuestos, reencuentro mi vivencia, donde la hija muda y la hija portavoz son intercambiables y equivalentes, pues

ambas se identifican no consigo mismas, sino de un modo funcional al patriarcado. No son más que momentos de roles.

Mientras el dilema se sitúe entre identificación con la vagina o rechazo de la vagina, estamos en la lógica de la vaginalidad, esto es, en la lógica de una identificación de la mujer que sostiene la identificación del hombre (padre vivo o muerto) con el falo. El camino de la búsqueda de sí y de la propia autonomía por parte de la mujer no puede sino excluir ese dilema. Y, de hecho, el hombre ha excluido a las mujeres que lo han intentado. Tanto Electra como Crisótemis son entidades femeninas en las que la cultura se ha congratulado consigo misma por la obra realizada, la obra de cancelación de la mujer en dos frentes: el placer vaginal funciona como confirmación del placer del otro, así como la palabra paterna reproducida es confirmación de la identidad absoluta del otro.

Kristeva recupera lo femenino fuera de los roles reconociendo en la mujer la “eterna ironía de la comunidad” (la misma frase que yo citaba de Hegel en *Escupamos sobre Hegel*) intentando sugerir un comportamiento que lo haga realidad. Es decir, ni Electra ni Crisótemis, sino un continuo trabajo de la mujer que ilumina la parte en la sombra, lo reprimido de toda formulación masculina. Mientras que en la mujer como “eterna ironía de la comunidad” yo veía sólo la perfilación de la instancia feminista en todos los tiempos, Kristeva ve un axioma que no es necesario dejar de intentar realizar a través de un masoquista trabajo de Sísifo, una colaboración-lucha que cuestione continuamente la pretensión de absoluto masculino. Un destino subalterno recompensado con saberlo casi todo acerca de las ilusiones del destino dominante. Que, sin embargo, sigue siendo dominante y que incluso va siendo progresivamente iluminado y va tomando más conciencia de sí mismo.

Es lo que la autenticidad aconsejaba hacer, a fondo per-

dido, antes del feminismo, lo que yo hacía “entonces”; “ahora” ha intervenido la conciencia individual que lleva a la constitución de un yo bien diferente, tanto del yo del hombre (fálico) como del pseudo-yo femenino como estructura complementaria de él, que alcanza su máxima potencialidad mejorando la realidad masculina en todos los campos sin saltar nunca a la afirmación de sí. Mientras la identificación femenina se determine sobre la base de la vagina y no otro lugar, en vez del descubrimiento de sí misma por parte de la mujer, de las mujeres individuales, seguirá existiendo en la sociedad un indistinto movimiento de disidencia femenina (la “ironía de la comunidad”) que Hegel ya había entendido de qué manera la astucia de la razón no dejaría de volver funcional al patriarcado. Yo me reconozco en una identificación en otro lugar.

Se ha dicho que con las tesis de *La mujer clitorica y la mujer vaginal* yo entraba en el lesbianismo en la medida en que consideraba como sexo femenino el clitoris. Pero el clitoris, si es un órgano no funcional a la relación heterosexual, tampoco lo es a la relación homosexual: de hecho, entre mujeres no existe otra facilitación a la relación clitorica que la falta de un obstáculo, el falo, no el pene, por lo tanto un concepto. El clitoris vale como sexo tanto para el hombre no identificado con el falo como para la mujer no identificada con la vagina. Está más allá de las categorías de homo- y heterosexualidad. La distinción entre complementariedad y subalternidad entre los dos sexos desaparece. Y es la mujer, revelando y simultáneamente sustrayendo el apoyo de la vagina y su identificación vaginal, quien pone en cuestión el mito del falo y la identificación fálica del hombre.

Muchas feministas afirman: “Redescubramos nuestro cuerpo, redescubramos la vagina”, y buscan tomar posesión, a través del conocimiento, de esa parte anatómica de su cuerpo. Pero el impedimento de sentirla como propia no es de naturaleza sensorial, debido a la represión, sino

de naturaleza cultural y estructural: ¿cómo puede redescubrirse si antes no vuelve a ser terreno neutro? Ahora es una zona señalada de nuestro cuerpo que nosotras aceptamos, para permitirle al hombre su cultura y su yo. Esa zona señalada impide nuestra cultura y la constitución de un yo nuestro. Como dice justamente Solanas, nuestro yo se ha convertido en lo que su yo no quiere ser, y esta operación le ha resultado posible gracias al hecho de que “nuestra” vagina forma parte de “su” cultura. En esta cultura amarla es amar la identidad que implica.

La identidad que nace del clítoris parte de una nada, de un vacío cultural, y poco a poco va constituyéndose por una aceptación de sí que se convierte en el propio destino, pero no puede fijarse en un rol, para no caer en la vaginabilidad. Y no puede revelarse en la palabra cultural, sino en la que nace directamente de la asunción de una identidad sexual no conforme que, única, permite pronunciar auténtica y completamente: “yo”. Este yo como vacío cultural es el que constituye el presupuesto para un redescubrimiento de nuestro cuerpo, es decir, de nuestra cultura. Todos los estadios precedentes son vanos. Pero ese vacío cada una lo afronta, lo mide sola: apenas es soportable, es el riesgo de perder la razón del que habla Maria Grazia Chinese. Es un riesgo en el que me he cerciorado de ser capaz de vivir ahora que sé que es compartido: el feminismo me ha dado esto, del feminismo he querido esto. Ese riesgo es mi sentido de la feminidad.

También las santas a menudo me han parecido caracterizadas por ese vacío cultural, que les permitió vivir su propia identidad al límite de la locura. Renunciando voluntaria y conscientemente a su sexualidad renunciaban no sólo a la vagina (como Electra), sino sobre todo a la identidad vaginal. Puesto que vivían una emotividad erótica, precisamente es definida como mística, de hecho ya no tiene una base en la identidad sexual, sino en una identidad diferente. Respecto a ellas, y contrariamente al misticismo, a mí me interesa una identidad sexual porque

entreveo en ella una salida, de todos modos la he intuido y me corresponde. Para ser yo misma, para no tener un destino alienado no tengo que abdicar de mi cuerpo; al contrario, encuentro en él el elemento sobre el que fundar mi autonomía. Éste es el primer acto que he reconocido en mí como creativo.

Si todo esto parece excesivo, que al menos no se transforme este riesgo en ideología: tras haber escrito *La mujer clitorica y la mujer vaginal* me quedé confundida al constatar que se tomaba o bien en el sentido de una normativa sexual, o bien en el sentido de la homosexualidad programática. Pero es evidente que la adhesión ideológica a la homosexualidad lleva a una reconfirmación de la ideología en lugar de a una apertura del amor entre mujeres: reconfirmando la sujeción a un valor masculino, revela que nace de una identificación vaginal, de hecho implica la desconfianza en que el erotismo entre mujeres pueda ocurrir por impulsos auténticos y personales.

Me gustaría citar algunos fragmentos que no han sido recogidos y que me parecía que ya contenían un aviso.

“No nos pronunciamos sobre la heterosexualidad: no estamos tan ciegas como para no ver que es un pilar del patriarcado, no somos tan ideológicas como para rechazarla *a priori*.”

“La mujer clitorica no es la mujer liberada, ni la mujer que no ha padecido el mito masculino —puesto que estas mujeres no existen en la civilización en la que nos encontramos—, sino aquella que se ha enfrentado momento a momento a ese mito y no ha sido presa de él. Su operación no ha sido ideológica, sino vivida...”

“La mujer clitorica no tiene nada esencial que ofrecer al hombre y no espera nada esencial de él. No sufre la dualidad y no quiere convertirse en uno. No aspira al matriarcado que es una mítica época de mujeres vagina-

les glorificadas... Fuera del vínculo insustituible empieza la vida entre los sexos. Ya no es la heterosexualidad a cualquier precio, sino la heterosexualidad si no tiene precio.

“Nosotras queremos afirmar el amor clitórico como modelo de sexualidad femenina en la relación heterosexual, puesto que no nos basta tener el clítoris como punto de referencia consciente durante el coito ni queremos que la oficialidad del clítoris pertenezca a la relación lésbica. Pero estamos convencidas de que mientras la heterosexualidad siga siendo un dogma, la mujer seguirá complementando de algún modo al hombre...

“Permanecer mucho tiempo en esa condición de irrealización, o sea de pérdida de la personalidad, sin recurrir a soluciones alternativas de identificación ha sido un proceso existencial de la mujer clitórica cuyo éxito imprevisto ha sido la constitución de su autonomía. De hecho, ella no se ha definido en los gestos alejados de la norma, sino que se ha consolidado en los gestos auténticos de concentración sobre sí misma. Esa aclaración le ha permitido observar que su conducta no sólo nace de la rebelión o participación negativa, sino de algo diferente que no podía identificarse antes del feminismo. Al contrario, el feminismo, en alguno de sus extremos, nació precisamente de la autoconciencia de la mujer que conduce su lucha contra el patriarcado manteniéndose en su propio terreno. El vacío de humanidad que puede vislumbrarse en ella desde el punto de vista patriarcal se convierte, al otro lado, en necesidad de humanidad como presencia de sí misma.

“La afirmación del clítoris como sexo por sí mismo es la fase actual de liberación de la mujer que descubre su identidad en el transcurso de la especie, de la historia y en el presente.

“La suya es una conquista de sí y de la propia feminidad

que no se concentra en el espacio complementario del espacio del hombre, sino que se extiende fuera de la heterosexualidad patriarcal.”

En la época de *La mujer clitorica y la mujer vaginal*, aunque contaba conmigo misma, todavía no era consciente de que precisamente en ese punto se decidía todo. No fue sencillo darme cuenta de que esa falta de identidad, que siempre he sentido como típicamente mía y que ha sido fuente de satisfacción y desesperación, era yo misma, mi única posibilidad de serlo. Ciertas poesías mías escritas entre 1958 y 1963 bajo el título conjunto de *Jaque razonado* me ayudan a entender de qué forma conseguí mantener a raya el momento en que eso se me reveló por primera vez como dato irrefutable. No he querido publicarlas nunca porque no veía quién habría podido leerlas; sólo sabía que habrían corrido una suerte extraña en la cultura. Era inútil que me dirigiera a quien no podía darme resonancia; he seguido otros caminos. Ahora tengo la conciencia de que fueron el medio para ejercitarme en resistir en una condición que todo me impulsaba a repudiar y a resolver con la adecuación.

Eran los años en los que Sylvia Plath escribía sus versos y se familiarizaba con la muerte. Ella buscaba una salida en las poesías, yo a través de las poesías buscaba una salida en la realidad. Yo conseguí llegar al feminismo, era lo que yo quería; ella logró revelarse en la poesía, que era lo que ella quería. Yo no pedía ser algo distinto de lo que era (ni escritora, ni poeta, ni otra cosa) y apostaba conmigo misma si conseguiría aceptarme como tal. La falta de identidad que me corroía era también el único enganche al que mantenerme fiel.

A Plath la siento cernirse libre, libre sobre la vertiente del suicidio. Puedo descubrir una hermana en ella, ahora; antes no sé si habría podido: me habría arrastrado demasiado abajo, me habría elevado demasiado arriba. Donde ella aceptaba estar viva por casualidad (“*by accident*”), yo

me descubría viva por milagro. Puesto que yo no quería morir y contaba con el milagro, tenía un motivo más para dudar de mí misma. Creo que Plath encontró una solución a su problema de identidad adentrándose en la tierra de nadie de la muerte (de la pre-muerte, del retorno desde la muerte), que se convirtió en su tierra. Había creído en la cultura, pero había encontrado esa vía de salida “casual” que involucraba el último mito en la consideración de la futilidad de todo.

La poesía más antigua que he encontrado en los cuadernos de cuando empezaba a ir al instituto la dedico a Sylvia Plath. La llamada a la que respondió ella formaba parte también de mis voces, y tal vez de las de cada una de nosotras. Me ha recordado que también para mí vivir parecía remontarse a una decisión de vivir.

El mar

Oh, glauco mar que bañas la orilla
[...]

He aquí el agua infinita que fascina
que te atrae hacia el seno tranquilo
que te dice “descansa” y domina
a tu espíritu tan cansado y desilusionado.

Oh, qué extraño deseo que me emerge
de lanzarme a las aguas sonoras
de ponerme sobre la ola que extiende
su liviano refrescante velo.

Aquí me desacuerdo lo olvido todo
y mecida por los tranquilos remolinos
no veo no siento más que el roto
sollozo contenido del mar.

Florenca, 28 de enero de 1945

Un escaso número de poesías de algunos años más tarde

me permite localizar el momento en que esa decisión de vivir se manifiesta. Es precisamente en una superación de las “aguas sonoras” y de su invitación, a través de la adquisición de la palabra, “materia no resonante”. Este punto también se me aclaró gracias a las observaciones de Kristeva al respecto.

Una palabra omnicomprendiva
inamovible que al decirla deviene materia dura.
Tierra o piedra.
Que yo la vea
y la toque luego.
Materia no resonante.

Florencia, 20 de octubre de 1953

Pero enseguida surge la constatación de que esa palabra no es comunicativa y no me expresa.

Hablo: nadie
se deja persuadir.
Cada uno sigue su discurso.
Paralelos correremos
hasta el infinito
sobre nuestras palabras.

Escucha: no puede
perderse esta palabra
como no puede
perderse mi alma
en un rincón de lo creado.
... Tú me dices en cambio
que todo puede
perderse y olvidarse.

Cuando me miró fijamente
y me hizo la pregunta
me rendí:
emití sólo

algún sonido para dar
señales de vida.

Florenia, octubre-noviembre de 1953

Luego vienen las poesías de *Jaque razonado*. Cito algunas.

Jaque razonado

Así cuando en alarma
siempre en alarma
de una vistazo descubres
muchas situaciones
interrogativas y no hay
objeto o imagen o sonido
o nada de nada
que no parezca metido ahí
un instante en actitud
hermética y provocativa
como quien no dejará
la pose si no has resuelto
el enigma de la neutra
familiaridad de siempre
y la toalla el árbol
la barandilla con firmeza
inamovible bajo miradas
pacientes y escépticamente
razonables obstruyen
cada centímetro en que
desplegar la indiscutida
superioridad, salta
la puerta secreta
la antigua impotencia
de caracol naciente
en la oscuridad a la agresión
que pretende diseminar
oscuro derrotismo
en el curso de tus pensamientos
e incluso uno a uno

ponerlos en jaque
con voz de pura cosa
tras larga espera
apartada del silencio.

Roma, 10 de julio de 1958

Fragancia

Era tan fragante, incluso
la fragancia en sí cuando la barca
se volvió con el golpe sobre la vela y en el bosque
el azul crecía bajo los pies
o peinando cabellos de miel se indagaba
con narinas arqueadas porque ese año
la primavera se soltó en manojos de mimosas
que iban terriblemente bien
con el abrigo de tela azul aunque
un árbol fuera ornamento excesivo
y una ramita pérdida de tiempo. Sentía
que había nacido para flotar
ni demasiado alto ni demasiado bajo
sino sin interrupción así no tomó
las debidas precauciones y el tiempo afrontado
sin malicia no le reservó
un tratamiento especial. Las cosas
deben emprenderse para no perder
y donde se pone el pie debe
ponerse el corazón; flotar es una idea
de lo más absurda. Fragancia
fragancia ¿qué quieres decir?

Milán, 27 de octubre de 1959

Estratagemas

Así no perderé la costumbre
no dejaré escapar la ocasión

ni que algo pase en vano
mientras todo pasa en vano
ni dejaré de repetir los gestos
y producir nuevos en el aire
detenida de modo desalentador pero tampoco
perderé coraje ni confianza ni gusto
por bebidas burbujeantes ni posibilidades
dinámicamente verticales ni vestidos
veraniegos color limón ni corazón menudo
por el amor ni la capacidad de hundirme
como clavo en la madera ni de sacar
la voz ni de escucharme escondida
en un tiempo precedente o siguiente. Así
más que valorarme me sigo incluso
me reservo me persigo abuso de estratagemas
porque temo sólo el momento en que
me perderé de vista.

Milán, 13 de abril de 1960

No querer y no hacer

A fuerza de no querer no he querido
a fuerza de no hacer no he hecho
demasiado rígida para afrontar
algo definitivo y también
algo efímero me han
excluido los pesos medios y por razón
opuesta los pesos pluma poco caracterizada
para hacerme categoría a mí misma y poco
ardiente para todo lo demás el desdén
me ha impedido pedir y un sentido
de la aventura osar donde todos osaban
hasta que he visto el miedo correr con alas
perforadas de todo esto no sabría a quién
dar la culpa sólo un anciano
habría sabido amar con la flamante
pierna de metal y el rostro fino como

una mariposa heroico combatiente
de Verdún.

Milán, 7 de junio de 1960

Alternancia

Todo se fundamenta en movimientos de alternancia
con un secreto de músculos y riñones
y desapasionada elasticidad en el invertir
el rumbo por invitaciones de sonido imperceptible
el corazón pesca en el vacío como una hélice
que no muerde entonces la obediencia a la seña
debe ser irreprochable bajar enseguida
con adhesión aristocrática y también
orgullo de casta hacia algo presumiblemente
sofocante como falta de aire o mal de asma
que extrae lentamente sudor en fisuras
de espeleólogos desclasados que gimen sin
saberlo al descubrimiento cada vez más adentro
de verdades hostiles en todo su cuerpo
viscoso de insignificancia hasta que actúa
el polo alternante y un destino definitivo
huye por un destino definitivo que sobreviene
con zancadas juveniles sobre objetivos al alcance
del aire y la luz donde es admitido un hacer
vagamente placentero y frases francas casi
desdeñosas e irresistible certidumbre de conseguir
sólo que dure en buena pose algunos momentos
todavía inagotable movimiento de alternancia.

Milán, 12 de diciembre de 1960

Sentido femenino

Ininterrumpidos pensamientos y acciones una sobre otra
para desbloquear la condición sin éxito

de un paralizante sentido femenino donde
en el puro impulso de liberarse no de esto
o de aquello sino de todo en el mundo de las cosas
gobernadas por otros con sonrisa descarada, se hunde
una aguja imperceptible que va quemando
que desciende dentro de heridas improductivas y
totalmente por cauterizar para ser
más bien silencio que algo
decididamente en segundo plano que pide ayuda
con ojos acuosos donde decae el miedo
connatural a las células más vegetales
continuo escalofrío de la vida y el sexo
en el torrente de los años devastadores que
ensanchan el campo visual con consecuencias
inevitables mientras la cosecha vira
hacia desechos ardientes con la única esperanza
que consiste en la redención de haber sabido
actuar como los primeros tiranos de sí mismos.

Milán, 26 de diciembre de 1960

Migración

Ocurrirá que con el impacto
de una herida precisa el enigma
que se oculta se resuelva en aireada
migración de la sangre nube
obediente al reclamo de situaciones
incolmables en la estela migratoria
de plumas irisadas dóciles
en vuelos de efusión en la felicidad
vertiginiosa que acompaña la rotura
de una vértebra o un músculo
rígidamente oculto la andadura
inocente de quien se mantiene
equidistante de la nada.

Milán, 23 de noviembre de 1961

Caso excepcional entre las mujeres de cultura, Simone de Beauvoir ha admitido en una entrevista reciente su deuda con las feministas, aunque con el habitual aire cansado de quien obedece a la Verdad: “Han radicalizado muchas de mis convicciones. Yo estoy más o menos acostumbrada a vivir en esta sociedad en la que los hombres son lo que son, es decir, opresores. Personalmente no lo he sufrido demasiado. Me he librado de la mayor parte de las servidumbres femeninas: la maternidad, la vida doméstica. Por otra parte, en mis tiempos había menos mujeres que terminasen los estudios. Conseguir una licenciatura en filosofía significaba situarse como una privilegiada entre las mujeres. El reconocimiento masculino fue inmediato: yo era la mujer excepcional. Lo acepté. Hoy las feministas se niegan a ser las mujeres-coartada como fui yo. Tienen razón”. Pero, precisamente, la vía de la Verdad lleva a abandonar el “caminito todo nuevo”: Teresa Martín sabía mucho sobre esto. Aun así, de Beauvoir se expone y yo la respeto, aunque no simpatice. ¿Quién de nuestras privilegiadas se ha atrevido a debatir, a prestarse a las críticas?

Cuando de Beauvoir confiesa tener “relaciones personales con mujeres solas, no con grupos o corrientes del feminismo” y trabajar “junto a ellas sobre cuestiones específicas”, nos hace entender qué es lo que le ha faltado en su experiencia para pasar de admitir el privilegio a ver su servidumbre. Toda la cuestión radica en eso: seguir convencidas de ser mejor que las otras, que las que no han tomado el camino de la inserción, que las que se han quedado en la “inmanencia”. Este concepto, que es uno de los temas centrales de *El segundo sexo*, me hizo sufrir cuando leí el libro por primera vez, poco después de que saliera en Francia. Dentro de mí tomé posición desde entonces: es uno de los muchos estímulos lejanos que dieron origen a *Escupamos sobre Hegel*. El feminismo no es una idea, es una práctica, y precisamente la práctica del grupo de autoconciencia, el contacto verdadero, nunca mantenido antes con mujeres no identificadas con la cultura, que,

sin embargo, están buscando una cultura suya, desvela el engaño de un reconocimiento pagado al precio de construirse sobre la única imagen que el hombre es capaz de reconocer: la que él ofrece. Éste es el punto que de Beauvoir no acepta y sobre el que construye teorías defensivas: según ella, la mujer puede descubrir sólo lo que el hombre ha descubierto, los mismos valores. De Beauvoir no consigue captar modalidades femeninas ya sea porque no admite una acepción femenina de la existencia o porque la encuentra de algún modo formulada o elevada a valor en la mente omnívora de Sartre. Pero cuando en 1971 le enviamos la traducción francesa de *Sessualità femminile e aborto* no nos respondió. Unos meses después salió en *Le Nouvel Observateur* una entrevista suya donde encontraba “irritante y molesta la mística del clítoris”³ promovida por las homosexuales.

En el curso de pocos años, pocos meses, se han vuelto a crear alrededor o dentro del feminismo las tensiones enmascaradas típicas de los ambientes culturales. ¿Qué ha cambiado? Ciertamente algo ha cambiado, pero la tensión entre mujeres permanece porque el hombre permanece. Puesto que todavía es el interlocutor anhelado, siembra rivalidades. Y no habría nada de lo que sorprenderse si, precisamente, este efecto se revelara, se admitiera, como un problema que afrontar. ¿La cultura femenina de qué otra cosa puede nacer si no es de eso?

El feminismo ha reaparecido de improviso tras un largo silencio (las causas de este silencio, que son las causas de una derrota, me interesan, pero no podría “estudiarlas” porque sean interesantes, importantes para nosotras: algo tiene que suceder en mi vida que cree una concomitancia, un motivo personal) y con una cosecha de intuiciones desbordante. Todas habríamos querido que se respondiese a las intuiciones con nuevas intuiciones, a las subjetividades nacientes con nuevas subjetividades, enriqueciéndonos todas sin empobrecer a ninguna; viviendo la inseguridad sin institucionalizar roles o competencias

para mantenerla a raya de forma externa; reconociendo las incomodidades y los movimientos que implica tanto en el sentido de la huida como en el de la resistencia; distinguiendo entre paz interior y pasividad, momento para la acción y activismo; aceptando los propios límites pero sin darlos por descontados; sobre todo buscando de qué forma la cultura, la civilización masculina son superables, una forma a nuestro alcance y que dependa de nosotras, de la vigilancia y del amor de sí.

Pero nos han asaltado dificultades imprevistas: lo que parecía al alcance de la mano volvía a ser un espejismo. Las relaciones entre nosotras representaban una incógnita que amenazaba con volver veleidosa cualquier formulación, cualquier gesto de buena voluntad.

Al principio del feminismo, cuando reconocí las renuncias a la expresión de mí misma que implicaba mi trabajo como crítica de arte, no vi otra posibilidad que la de retirarme y concentrarme en la liberación. Mientras que Solanas liquidó su pertenencia al mundo artístico con tres disparos de pistola, yo abandoné el mismo mundo, pero sin renegar de nada: la experiencia realizada no se merecía ser anulada con un gesto autodestructivo.

Aunque en el grupo, en contacto con mujeres que se habían mantenido apartadas de la cultura, experimenté entonces una verdadera añoranza de la integridad originaria de la que sentía que me había alejado; y en la desorientación de encontrarme deseando la resonancia en una mujer inexperta, tomé conciencia de mí misma. Pero luego, a través de vicisitudes tan intensas como reveladoras, descubrí que esa integridad era una proyección mía de valor, en realidad una forma de defensa en los plazos propios de toda historia individual, durante la cual no hay mujer que no tenga inexorablemente que digerir esa parte de implicación con la cultura y el hombre que le concierne. Y es ahí donde se revela a sí misma. Ni radicalismo revolucionario (trascendencia) ni reserva ignorante e

inocente (inmanencia) están a salvo del destino común: es mejor saberlo, aunque hace falta sólo ir a estrellarse contra ello.

El feminismo corre el riesgo de institucionalizar la inhibición típica de las mujeres que establecen una hermandad ocultándose una a otra la existencia del mito masculino en una alianza que produce ideología, y el consiguiente desengaño. Negar la evidencia puede ser una necesidad inicial con la que se da crédito al reclamo de la propia autonomía, pero no puede continuarse hasta el infinito en la paradoja. El vacío cultural con el que identificarse no es la integridad originaria, sino un desgastar continuamente los vínculos inconscientes con el mundo masculino viviéndolos y tomando conciencia de ellos. La autenticidad posible de cada una se pone a prueba en ese proceso.

Esta conquista de certidumbre, nacida de una duda que siempre he llevado conmigo, casi tributo que debía pagar por haber intentado vivir frente a quien no tenía fuerzas para ello y que yo había absorbido como perpetuo reproche a mis deseos y a los actos que implicaban, me hizo entender que en nuestro grupo yo misma puedo haber funcionado como freno para las otras idealizadas por mí en su integridad, en el momento en que han buscado darse vía libre a sí mismas y a sus necesidades para digerirlas, como había hecho yo, aunque a su manera y con sus orientaciones. Una vez desvelado el mecanismo experimenté una atroz sensación de liberación saludable: carente de la hipoteca recíproca, la relación con las amigas se sustrajo de una ambigüedad que era fuente de sospechas y represalias. Más allá del desapego, existen nuevos desarrollos ya no fundamentados en la afinidad que sustenta un ideal.

Una mañana de hace unos meses, paseando por Roma, entré en una iglesia, y en el mostrador vi un opúsculo que me llamó la atención: *Appunti autobiografici* de

la venerable Caterina Paluzzi. Lo compré y empecé a leerlo: no conocía ese nombre, uno de los muchos de santas, fundadoras de monasterios que, supongo, pululan en la historia de la iglesia, pero enseguida sentí que se establecía un contacto. Otra vez no me molestaron ni la diversidad de creencias, términos, rituales, ni una escritura al límite de la agramaticalidad (como la de Teresa de Ávila, por cierto), pero seguramente también por ese motivo fresca, eficaz y como fuera del tiempo. Que Paluzzi formara parte de la doctrina de la iglesia no importa para nada si allí dentro consiguió expresarse como no es fácil conseguirlo una vez vinculadas a una concepción del mundo. Tomemos las mujeres marxistas, por ejemplo, cuya ideología y actividad política han hecho estragos.

Hay un momento dramático en las cartas de Rosa Luxemburgo a Leo Jogiches en el que tiene como la revelación de qué estrago se trata.

“¡Querido!... Ayer por la noche, por un extraño conjunto de circunstancias, saqué la caja con las últimas cartas de mamá y papá, de Andzia y Jozio; las leí todas, lloré a lágrima viva hasta que se me hincharon los ojos, y me fui a la cama con un gran deseo de no volver a despertarme. En concreto, llegué a odiar toda la ‘política’ por culpa de la cual (garabateaba *Von Stufe zu Stufe*) no respondía durante semanas enteras a las cartas de papá y mamá, nunca tenía tiempo para ellos debido a esos deberes destinados a conmocionar el mundo, (y esto perdura) y llegué a odiarte a ti también por ser quien siempre me ha encadenado a esa maldita política. Me acordé de que fuiste tú quien me convenció de no hacer venir a la señora Lübeck a Weggis, para que no me estorbara mientras terminaba ‘el artículo de valor histórico’ para [*Sozialistische*] *Monatshefte*, y lo que ella me traía era ¡la noticia de la muerte de mamá! Ves con qué franqueza te lo escribo todo. Hoy he dado un paseo y me siento un poco mejor. Ayer estaba casi decidida a abandonar ‘de golpe’ toda

esta ‘maldita política’ o más bien esta parodia cruenta de la vida ‘política’ que llevamos y a ‘mandar al diablo a todo el mundo’. Es una especie de estúpido culto al dios Baal y nada más, en el que se sacrifica la existencia humana sobre el altar de la propia deficiencia intelectual, de la propia confusión mental. Si creyera en Dios estaría segura de que Dios nos castigaría severamente por este tormento”.

Berlín - Friedenau, 20 de octubre de 1905

Me despierta la curiosidad imaginarme qué pensarán las feministas del futuro o, simplemente, las mujeres que vendrán al tener que pronunciarse sobre la actual recepción del Verbo por parte de las mujeres (también este feminismo se acabará, gracias a nosotras). Sería un buen interlocutor, un juez aceptable, en el caso de que no pudiésemos prescindir de ello. Teresa Martin en sus escritos fue censurada, al parecer, por las hermanas: no lo habría hecho ella misma, pero sí Kollontai, una comunista sexualmente emancipada. Aparte del esfuerzo, leerla o no leerla para mí ha sido casi lo mismo.

En el convento las monjas no tenían otro deber que el de ocuparse de sí mismas en una comunidad de mujeres, condición única entre todas, y lo hicieron, las que habían entrado en él con este deseo. Puesto que en el opúsculo de Paluzzi no hay la prohibición de reproducción, voy a transcribir algunos fragmentos. Ahora me pregunto: ¿qué mujer de cultura a finales del siglo xvi expresó emociones pánicas de su infancia? ¿O relató sueños? ¿O se enfrentó a los asaltos y los disfraces del inconsciente? ¿O consiguió orientarse entre las sutilezas que distinguen engaño y verdad en una vivencia? ¿O dio sentido al *hic et nunc* de cualquier descubrimiento? En la cultura no la hubo y no iba a haberla después salvo raras excepciones (indagar en los motivos de estas excepciones es algo que siento muy relacionado conmigo misma).

Los *Appunti autobiografici* de Caterina Paluzzi se habrían quedado fuera del mundo si, en 1971, cuarto centenario del nacimiento de Caterina (fallecida en 1645), no los hubiese publicado un lejano pariente suyo, franciscano, por devoción y por orgullo de descendencia. Una casualidad, como por casualidad se publicaron el diario de Ana Frank y el de la anónima vienesa. El testimonio más antiguo que certifica el manuscrito como autógrafa de Paluzzi es anterior al mes de agosto de 1608.

[Hasta aquí el *Itinerario...* de Carla Lonzi. A continuación incluye pasajes de los *Appunti...* de Caterina Paluzzi].

Caterina Paluzzi

Alrededor de los cuatro o cinco años, me encontré en compañía de las otras niñas, aunque a mí no me gustaba estar en compañía. Me asaltó un pensamiento violento de observar la variedad de las criaturas, aunque yo no sabía por qué causa; así veía quién era pequeña y quién grande, quién bella y quién fea, y cómo cada una tenía su carácter sin poder cambiarse; y yo estaba pensando en quién sabía hacer tantas cosas que yo no lo conocía, y yo no sabía hacer nada y habría querido conocerlo para que me enseñara algo. Y lo mismo me aconteció otro día y fue contemplando la variedad del campo; y sentía afán de saber qué debía hacer para ir al Paraíso y huir del infierno. Y si bien yo no sabía qué era el bien del Paraíso, ni el mal del infierno, iba departiendo acerca de si bastaba no decir mal que yo no quería decir, pero yo no sentía que aquello bastase, y así lo pregunté a los de casa y molestos por mi importunidad y mi pregunta se burlaron de mí y me dieron una bofetada; y así me retiraba en algún rincón de la casa delante de alguna imagen y lloraba por no tener quien me enseñase; porque en ese tiempo en nuestra iglesia no se recitaba la doctrina, ni tampoco iban a la iglesia las chicas; y cuando veía a alguien rezando el rosario, iba a sus pies para que me lo enseñase.

Un día me vino el pensamiento de llorar la pasión de

Cristo y no sabía lo que era; y entonces con la ocasión de la muerte de mi tío, recuerdo que, mientras la gente lloraba, yo quería llorar la muerte de Cristo, así la gente habría pensado que había llorado a mí tío, y entonces me retiré a otra estancia donde no había el muerto y me dispuse para poder llorar y no podía, porque no entendía qué era, pero me pareció ver a un hombre con las manos atadas, todo flagelado y comprendí interiormente que aquél era Cristo y era de una belleza infinita y así comencé a llorar. Otro día por accidente le vino un ahogo a una muchacha a la que yo conocía y pensé que se había ido al Paraíso. Cuando volvió en sí, yo la llevé a un lugar secreto para no ser vista y así la mimaba, no sé si era con manzana o rosquilla y le pregunté dónde había ido, y si había estado en el paraíso, y qué había visto, y si quería llevarme si volvía a ir, pero ella no me supo decir nada y yo pensaba que no me lo quería decir porque yo creía que todo el mundo buscaba lo que yo buscaba.

Otro día estaba departiendo conmigo misma qué podría hacer para ir al Paraíso, que yo sentía que estaba dispuesta a padecer cualquier gran tormento, y que si era preciso morir a fuego o a espada o caer de algún precipicio me contentaba. Y entonces me asaltó un violento pensamiento de que debía hacerlo yo misma y así iría al Paraíso. Yo le respondí (¿al demonio?) que no quería hacerlo yo misma porque me quemaría y sola no sabría ir al Paraíso; pero si Cristo lo hacía yo me contentaba porque iría al Paraíso, porque él sabe y puede hacer todas las cosas. Ésta y otras cosas parecidas me sucedieron hasta los diez años más o menos.

Tras haberme sucedido cuanto he dicho comenzó una gran tribulación interior y exterior. La interior era de blasfemia y desprecio de ese Cristo que buscaba y del Paraíso, y me decía que no era cierto que se hallara y que yo me engañaba, pues el Paraíso era gozar en esta vida, y me mostraba algunos placeres de vanidad y que eso era el Paraíso. Sólo Dios sabe lo que pasé por eso, sin tener a

quien decir una palabra porque en ese tiempo no tenía un confesor fijo ni tampoco habría sabido decirlo.

Por la imaginación luego cuántas formas feas; y a veces de noche me parecía que me diera bofetadas y cuando me parecía que me agarraba para llevármeme; y de día cuántas veces comparecía ante mí para asustarme y me llamaba por mi nombre. Mientras trabajando estaba con la cabeza baja, al alzarla para ver quién me llamaba, vi un toro negro, y yo no pensé qué era ese toro, pero se envalentonó tanto que me quedé muerta de miedo; y aunque yo sentía siempre interiormente una fe viva de que lo que buscaba existía, que eso lo hacía para engañarme y luego tuviera que arrepentirme si yo le creía. Y eso me era de gran ayuda y consuelo. Y particularmente cuando estaba aprendiendo a tejer me daba gran fastidio presentándose ante mí con varias y distintas formas de monstruos para asustarme. Así padecí una larga enfermedad, y los médicos no supieron nunca encontrar qué forma tenía la fiebre. Esas imaginaciones me daban tanto fastidio que no podía aquietarme ni de día ni de noche. A veces me cubría los ojos para no verlas y me duraron casi tres años... De noche me parecía que caminaba sobre serpientes y, si de día salía al campo, las encontraba en número infinito, pero no me daban miedo. Otro día encontré por casualidad a un joven que había ido a la universidad en Siena que hablaba con algunos de santa Catalina de Siena; me detuve a escuchar y oí que era soltera y era santa y me pareció sentir algo nuevo porque yo no lo había oído nunca porque en ese tiempo no era como ahora en nuestra iglesia, que siempre se oye algo espiritual que no aprende quien no quiere. Y tras haber oído acerca de esa gloriosa santa Catalina me llené de ánimo de que ella podría ayudarme y guiarme por el camino para servir a Dios y creía que ella todavía estaba viva y la esperaba por si acaso pasaba, que habría querido hablarle a fin de que me enseñara algo; y cuando veía llegar a alguna persona forastera pensaba si acaso fuera ella, y cada día sentía más sentimiento por ella y devoción.

[...]

Por la devoción que sentía hacia esa santa Catalina deseaba hacerme monja de su religión y así acudí a mi R. P. Confesor, que si a él le parecía bien me ayudara a entrar en algún monasterio que yo me contentaba de entrar como conversa porque creía que las monjas estaban siempre en oración y así imploré a mi padre y a mi madre que, por todo el amor que profesaban a Dios, no me impidieran y me ayudaran con lo poco que pudiesen; ellos animados por el amor que me profesaban, bastante conmovidos, me respondieron que ellos nunca habrían pensado que yo les diera tal disgusto; que habrían pensado que si entrase habría intentado salir para ayudarles en su vejez y necesidades de su familia; yo que no tenía prudencia ni caridad les respondí que bueno era el papel de Marta, pero óptimo el de Magdalena y después que estaba resuelta a servir a Dios incluso si me hubiera encontrado en Turquía; que ellos me habían de ayudar; que si yo no hacía bien para mí, no habría quien lo hiciera. Cuando recuerdo haberles dado tal respuesta siento pesar, pues la caridad quería que yo callara.

[...]

Estaba una noche tras el sonido del Ave María trabajando en el telar... y entonces me pareció ver encima de mí y enfrente que aparecía una luna y sobre ella se alzaba el sol y esos rayos que hacía me parecía que se me posaran sobre el cuerpo y en particular en el corazón y así entre el temor y la nueva visión permanecí maravillada y me pareció que me hablaba y me decía que yo debía ser monja como santa Catalina y que no debía marcharme de Morlupo y me parecía que me mostraba la casa donde debía vivir con las otras compañeras⁴ y que debía cuidar de ellas, y luego desapareció; y yo me quedé confortada pero con temor de que eso fuera engaño del demonio que lo hiciera para engañarme y entonces, recordando esa locura y la dificultad que había para llegar a eso, me decía para mis

adentros que sería necesario que muriese mi padre y mi madre con su familia, y ni siquiera hablé de ello con mi R. P. Confesor. Al cabo de poco murió mi madre y poco después de ella murió mi padre y a mí me quedó el cuidado de casa con ocho hijos cuatro chicos y cuatro chicas y yo era la primera aunque uno de los chicos iba antes que yo. Dios sabe lo mucho que había por hacer. No por ello perdí ánimo de servir a Dios... Otra noche estaba en oración: me pareció que me agarraban y me levantaban del suelo y yo un poco asustada tuve miedo de que fuera el demonio que así quería engañarme y luego me quedé muy confortada y me pareció sentir interiormente una certidumbre de que fuera santa Catalina y durante la noche soñé que venían dos volando, aunque yo no vi que tuvieran alas, pero vi que venían del cielo y querían cogermé y yo estaba pensando quiénes eran y me pareció oír que habían venido ambas para enseñarme a volar y que eran santa Catalina de Siena y santa María Magdalena; y yo dije que no me movieran que pesaba, que no me dejaran en la calle que yo me colgaría de ellas y que las tiraría hacia abajo y me pusieron en medio de las dos y me llevaron volando y cuando estuve en mitad del aire quisieron soltarme y yo me colgué de ellas y ellas riendo me abrazaron y me llevaron a un lugar de mucha suavidad; y eso no fue sólo una vez, sino infinitas; y me llevaban a algunas iglesias y en particular a San Pedro en Roma y a la Santa Casa de Loreto y otros lugares parecidos que cuando luego he ido a ellos he encontrado la misma cosa. Tantas veces me llevaron volando hasta que me enseñaron a volar por mí misma y me volvieron a poner en tierra y yo sola, desde el suelo, volaba hasta al cielo y llamaba a las otras compañeras que les quería enseñar a volar que esa era una agradable cosa.

[...]

El día de san Miguel Arcángel de mayo murió mi padre y yo había estado muy afligida durante los ocho días que duró su enfermedad no tanto por la pérdida de él como por el cuidado de casa que me quedaba y porque me pare-

cía que eso me era un gran impedimento para alcanzar la perfección. El mismo día que se hicieron las exequias yo estaba en la iglesia y había comulgado haciendo oración particular por el alma de mi padre y me vino la quietud habitual y ese calor, y me pareció ver llegar a Nuestro Señor y a santa Catalina y les encomendé su alma y me pareció que ellos me llevaron adonde él estaba, que me parecía que era el Purgatorio, y luego me dejaron y me parecía ver a mi padre con grandes tormentos y que él parecía que se encomendara a mí como si yo hubiese podido liberarlo de esas penas y me pareció que me dirigía a ellos dos que me parecía que estaban lejos y que les gritara con gran voz y lágrimas que liberaran a mi padre de esas penas que no me importaba quedarme yo en su lugar y me pareció que él miraba a mi padre y se lo acercaba. Me volví a encontrar en la iglesia tan cansada de llorar que me parecía que hubiera sido verdad.

[...]

Esta mañana me sentía mal, y ahora me siento bien. Por la noche, cuando quise ir a la cama... me pareció ver en la cama un jardín de flores, y al dormirme soñé que veía a mi madre que estaba muerta, y me traía algunos trozos de oro y me los mostraba; y yo los miraba pero no los cogía, y ella me dijo que los cogiera que los había traído para mí; y cuando quise cogerlos me punzaban. Yo temía que me hicieran daño, pero por la belleza que tenían los cogí, pero cuando los tuve en la mano se convirtieron en ángeles vivos. Mi madre me dijo que yo sabía qué era aquello, y yo le respondí que no lo sabía, y ella me respondió que así eran las mortificaciones; que no serían mortificaciones si no punzaban, porque van contra el sentido, pero tras haberlas hecho serán ángeles para vuestra alma, y ella desapareció y yo me desperté toda confortada.

Tras haber sucedido lo que he dicho me crecía cada vez más el deseo de tener las mortificaciones y quien me las hubiese dado me parecía que me daba el Paraíso, aunque

yo no mostraba nunca con las palabras que mi intención fuera tal, porque tenía miedo de que fuera hipocresía, porque antes habría sido considerada incapaz de tal virtud o tal otra que observante; y si iba entre la gente me avergonzaba de mí misma y temía hablar y actuar por el bien del prójimo, porque, por mi imperfección, en lugar de hacerles bien no les hubiera causado mal; porque no me parecía hacerlo con esa caridad y perfección con que lo hacían las otras; y si caminaba siempre temía que la tierra se abriera bajo mis pies por mi ceguera e ingratitud...

[...]

Me ha sucedido más veces que tanto fuera de la oración como en ella de improviso me vienen ciertos arrebatos de amor de Dios a guisa de un potente rayo, me parece que me atraviesa y se me detiene en el corazón, y hace que me quede fuera de mí y tan enardecida como embriagada por unirme con su divina majestad que siento que me desmayo...

[...]

El día de la misma fiesta por la mañana quise retirarme en mí misma para prepararme para tal solemnidad: me añadió tal confusión de mí misma que fui el impedimento de la propia preparación y no sólo para mí sino para todas las otras por mi ingratitud hasta el punto de no osar alzar los ojos del suelo, y quería que la propia tierra me cubriese para no oler mal ni causar escándalo, primero ante Dios y luego ante el prójimo, como me lo causo a mí misma que querría ser objeto de abominación para toda criatura como lo soy para mí misma, que me avergüenzo de ser vista, porque si así fuera no sólo no se me acercarían, sino que me rehuirían y me expulsarían de la iglesia y yo me conocería más a mí misma y así empezaría a servir a Dios con ese medio, y entonces siento que me deshago en lágrimas por confusión de mí misma que no oso acercarme al Santísimo Sacramento del altar: y después de haberme

acercado con muchas lágrimas y vergüenza a recibir tanta pureza como es Nuestro Señor cuando debo decir esas palabras “Señor, no soy digna” no me parece que haya criatura que lo pueda decir con tanta verdad como yo.

Tras haberlo recibido me colma cierto estupor y maravilla que hace que me quede atónita y con cierta luz extraordinaria que me atrapa y me deja fuera de mí misma y parece que sienta pena de oír y ver las cosas de la presente vida y me parece que lo entiendo, tan fuera estoy de mí presa de esa nueva luz.

[...]

Cuando recordaba que hacía meses y años que no me aquietaba nunca ni de día, ni de noche, me entristecía pensando que en todo el tiempo de mi vida no me aquietaría nunca, yo me decía para mis adentros que no quería pensar en el pasado pues ya no me da fastidio, ni en el porvenir, Dios sabe si lo tendré, así que quiero pensar en pasar bien la hora presente...

[...]

Cuanto he dicho más arriba parece que no sea a propósito... pero yo lo he dicho en más sentidos que uno. Primero porque desde el principio puede conjeturarse el final, y porque he deseado enormemente saber qué principio han tenido las otras que han pasado las mismas materias interiormente, y qué sentimientos habían pasado antes de aquietarse y probar espíritu: pero no he podido encontrarlo nunca y me hubiera sido de gran ayuda y alivio; y por eso digo lo que he pasado yo.

[...] tras haber pasado muchas veces por estas locuras mías habituales, un día estaba en casa sola trabajando y estaba triste y creo que también lloraba departiendo para mis adentros sobre el peligro en el que me encontraba por esas cosas imaginarias y que el demonio en ese camino

me hiciera caer diciéndome a mí misma: Señor, sabéis bien que yo no he deseado serviros para tener consolación, ni por curiosidad de saber, ni sentir cosas extraordinarias porque me basta creer lo que cree la Santa Iglesia y tengo gran envidia de aquellas que os siguen con la cruz porque muestran un ánimo generoso y constante de serviros por puro amor como yo querría; pero cómo lo haré Señor para saberlo. Liberadme si esto es engaño del demonio...

No dudéis esposa mía... yo doy la gracia conveniente a cada criatura y elijo y llamo a todos por aquel camino que es más oportuno para su bien, aunque a cada uno le parezca que si se hallara en otro estado que en el que se halla haría grandes cosas...

Las señales que tenéis de mi visita... Al principio sentiréis temor por miedo de ser engañada y luego os daré luz y cognición de mi alteza y de vuestra bajeza... y cuanto más hagáis para purificaros menos os parecerá haber hecho y estar purificada y así siempre sentiréis nuevo afán de purgar y purificar vuestra alma para poder amarme, y luego os dejará quietísima y toda confortada y resignada en mi divina voluntad y beneplácito... Cuando luego será engaño del maligno espíritu, si no tenéis señal exterior la tendréis interior y serán éstas y otras parecidas. Primero sentiréis cierta alegría y luz, pero no quietud, y sentiréis curiosidad por sentir y saber cosas nuevas para poder luego relatarlas, y os hará sentir y ver por vos misma ser merecedora de muchas gracias por haberos ejercitado en la adquisición de la virtud, y luego os dejará con temor e inquieta que por vos misma no sabréis declarar por la confusión que os dejará y cierta estima oculta por vos misma y complacencia secreta que no os parecerá poder defenderos y aunque os ejercitéis en los actos de humildad exterior no los sentiréis... y cuando os sea dada alguna advertencia sentiréis interiormente que no deben oíros ni entender lo que decís; que si os oyeran y entendieran os tendrían en cuenta y siempre iríais buscando

quien os haga buena la partida. Y si decís ocultar la virtud querriáis que todo el mundo lo supiera y os tuviera por tal y os parecerá haber llegado al final que ya no necesitáis tanta mortificación interior y exterior sino manteneros con lo que habéis tenido y siempre os hallaríais en un mismo estado y antes volveríais atrás que ir hacia adelante y creceríais en tinieblas y no en luz para conocerme.

[...]

Según mi poco juicio me parece que esas visiones imaginarias las primeras veces que se pasan entrañan mucho peligro de algún engaño y por eso debe estar muy bien advertida aquella que las pasa y relatarlo todo al P. Confesor; y si él no es capaz y no lo entiende, debe aconsejarse con quien entienda y no mandar a los penitentes ni a éste ni a aquel porque siendo de diferentes humores las penitentes se aferrarán a aquel que más les plazca y no sabrán si para ellas es bueno o malo ni si deben considerar siempre buenas o sospechosas aun cuando fueran buenas porque siempre están en temor. Y si las penitentes están dispuestas a creer lo que les decís y a obedecer sin buscar otra cosa, consideradlo buena señal, porque quien tiene la verdad dentro de sí poco se preocupa de encontrar a quien le haga buena la partida. Pero cuando quieren multiplicar las palabras y defenderse diciendo que no son engaños, entonces son peligrosas, aunque no lo harán con malicia, ni tendrán mala intención, sino que les parecerá que así sea.

Recepción del artículo: Noviembre de 2011. Aceptación: Diciembre de 2011.

Palabras clave: Itinerarios sobrenaturales — Monjas — Autobiográfico — Santas — Autobiografía — Compiuta Donzella — Teresa de Ávila — Teresa Martín — Julia Kristeva.

Keywords: Supernatural Itineraries — Nuns — Auto-biographical — Women Saints — Autobiography — Compiuta Donzella — Teresa de Ávila — Teresa Martín — Julia Kristeva.

notas:

¹ Traducción del italiano de Agnès González Dalmau y Àngela Lorena Fuster Peiró.

² Alice Martinelli, “Autocoscienza”, *Scritti di Rivolta Femminile*, 1975, p. 6.

³ Recuerdo de *Los mandarines*, típica lectura de la posguerra, una frase suya (cito de memoria): “Algo ahí abajo se exaltaba, se deshojaba, pero yo, yo me aburría”. Me sorprendió enterarme de que Alice Schwarzer, conocida defensora de las teorías contra el coito, es una de sus seguidoras.

⁴ En 1602 Paluzzi, que ya había tomado el hábito monástico, inició con su hermana, su prima, dos tías y una amiga la vida religiosa en común.